

## **Homilías Domingo 25 (Ciclo B)**

### **+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos**

*En aquel tiempo instruía Jesús a sus discípulos. Les decía:*

*- El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará.*

*Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle.*

*Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó:*

*- ¿De qué discutíais por el camino?*

*Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante.*

*Jesús se sentó. Llamó a los Doce y les dijo:*

*- Quien quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos.*

*Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:*

*El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.*

### **Palabra del Señor.**

## **Homilías**

### **(A)**

Hace algunos años el semanario *Vie Catholique illustrée* hizo una encuesta en Francia sobre lo que era más importante en la vida para el encuestado. El 90 % de los jóvenes interrogados respondió que lo más importante era "triunfar en la vida". "Triunfar en la vida" es el gran ideal que se establecen muchas personas. Ésta es la clase de persona que promocionan los medios de comunicación social en los colegios, en la universidad... Triunfar profesionalmente, triunfar económicamente, triunfar

social o deportivamente: ésta es la gran meta para muchos. Cuando triunfar se constituye en el sentido de la vida, entonces se pasa entre la gente dando codazos para abrirse camino y poder subir al podio. El afán de triunfar en la vida a toda costa es lo que desata la rivalidad, mueve el pie para poner zancadillas, instrumentalizar a los demás y servirse "de" ellos en lugar de servir "a" ellos.

## **Seattel**

Hace algunos años, en los paraolímpicos de Seattle, nueve concursantes, todos con alguna discapacidad física o mental, se reunieron en la línea de salida para correr los 100 metros lisos. Al sonido del disparo, todos salieron, no exactamente como bólidos, pero con gran entusiasmo de participar en la carrera, llegar a la meta y ganar.

Todos, es decir, menos uno, que tropero en el asfalto, dio dos vueltas y empezó a llorar.

Los otros ocho oyeron al niño llorar, disminuyeron la velocidad y volvieron hacia atrás.

Todos dieron la vuelta y regresaron... todos.

Una niña con síndrome de Down se agachó, le dio un beso en la herida, y le dijo:

-Eso te lo va a curar.

Entonces, los nueve se agarraron de las manos y juntos caminaron hasta la meta.

Todos en el estadio se pusieron de pie, los ¡vivas! y aplausos duraron varios minutos.

La gente que estuvo presente aún cuenta la historia. ¿Por que? Porque dentro de nosotros sabemos una cosa: Lo importante en esta vida va más allá de ganar nosotros mismos, aunque hayamos sido educados y eduquemos para ganar y estar siempre por encima de todos

Lo importante en esta vida es ayudar a ganar a otros, aun cuando esto signifique tener que disminuir la velocidad o cambiar el rumbo, o tener que perder... nosotros.

Y llamamos a estas personas ¿discapacitadas?

Nosotros sí que damos la impresión de discapacidad, al estar siempre peleándonos por quedar los primeros y salir en la foto... Ciertamente nuestros criterios no coinciden con los de Jesús. Para nosotros, importante es el hombre de prestigio, seguro de sí mismo, que ha alcanzado el éxito en algún campo de la vida, que ha logrado sobresalir sobre los demás y ser aplaudido por las gentes.

Esas personas cuyo rostro podemos ver constantemente en la TV. Líderes políticos, «premios Nobel», cantantes de moda, atletas excepcionales... ¿Quién puede haber más importante que ellos? Según el criterio de Jesús, miles y miles de hombres y mujeres anónimos, de rostro desconocido, a quienes nadie hará homenaje alguno, pero que se desviven en el servicio sencillo y desinteresado a los que están a su lado.

El afán de ser más, de prevalecer, de escalar, de superponerse es lo que complica la vida y nos la amarga. Es lo que ocurría en el grupo de los apóstoles. Por ejemplo, "los otros diez se indignaron por sus pretensiones" (Mt 20,24).

Anthony de Mello expresa el sufrimiento que causa la ambición con una bella parábola. "Un autobús cargado de turistas atraviesa una hermosísima región llena de lagos, montañas, ríos y praderas. Pero las cortinas del autobús están echadas, y los turistas, que no tienen la menor idea de lo que hay al *otro* lado de las ventanillas, se pasan el viaje discutiendo sobre quién debe ocupar el mejor asiento del autobús, a quién hay que aplaudir, quien es más digno de consideración... Y así siguen hasta el final del viaje..."

Éste es, con frecuencia y por desgracia, el convivir humano.

¡Qué paraíso, en cambio, la convivencia de quienes se olvidan de estas minucias, de estos celos, y se empeñan en gozar de los sorprendentes regalos que Dios ha puesto a nuestro alcance!

¡Qué feliz es quien pone todo su empeño, no en ser servido, sino en servir! Recordemos la bella sentencia, de sabor evangélico, de R. Tagore: "Me dormí y soñé que la vida era alegría; me desperté y me encontré con que la vida era servicio; me puse a servir y descubrí que el servicio es alegría". Es *otra* versión de lo que dijo el Señor Jesús: "Hay más alegría en dar que en recibir" (Hch 20,35).

## (B)

Según el Evangelio de hoy, los Apóstoles iban discutiendo por el camino quién de ellos era el más importante. Fue entonces cuando Jesús les dice: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). Y Jesús enseñó esto con su palabra y, lo que es más importante, también con su ejemplo. Un día se arrodilla ante sus discípulos y les lava los pies, incluso a Judas, haciéndose esclavo, ya que en aquel tiempo el lavarle los pies a alguien era un trabajo de esclavos. Con esto daba a entender que se hacía «el último y el servidor de todos». Y va a Jerusalén, no para hacerse rey, sino para hacerse «el último y el servidor de todos», al ser crucificado entre dos ladrones.

Imaginaos el rebajamiento que esto significa cuando la misma Biblia llama a los crucificados malditos de Dios.

Jesús estuvo al servicio de todos, desde su nacimiento hasta su muerte; por eso se le llama «el hombre para los demás».

Según Jesús, no es importante el hombre que domina, sino el que sirve a los demás. Para Él puede ser más importante una madre que se levanta de mañana para preparar el desayuno de sus hijos que el presidente de Estados Unidos.

No hay que confundir el servir a alguien con servirse de alguien. Servir a alguien es amor; servirse de alguien, como de un objeto que sólo vale para satisfacer mis apetitos o para llenar mis bolsillos y que dejo después de haberlo exprimido, se llama egoísmo.

La escritora chilena Gabriela Mistral ha escrito: «Donde hay un árbol que plantar, plántalo tú. Donde hay un error que corregir, corrígelo tú. Donde hay un esfuerzo que hacer, hazlo tú.

Sé tú el que aparte la piedra del camino, el odio entre los corazones, las dificultades del problema.

Dios, que da el fruto y la luz, sirve. Pudiera llamársele así: el que sirve. Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta cada día: ¿Serviste hoy? ¿A quién? ¿Al árbol? ¿A tu amigo? ¿A tu madre?».

Y un sabio francés decía: «Los auténticos guías de la humanidad no son los que dominan por la fuerza, sino los que sirven con todas sus fuerzas».

La estrella de cine en Hollywood, Betty Hutton, manifestó un día: «La vida me dio fama, dinero, popularidad, influencia... Pero nunca fui feliz». Casada y divorciada cuatro veces, aburrida de fiestas y homenajes, sufrió una grave depresión. Posteriormente trabajó como voluntaria, dedicando los servicios más humildes a personas necesitadas. Una vez convertida al catolicismo, diría de su vida: «Jamás me sentí tan feliz como ahora».

Es que si servimos desinteresadamente, nos sentiremos mejor. Si el trabajo, por humilde que sea, está hecho con amor, viviremos más contentos y felices.

El poeta indio Tagore escribió: «Dormía y soñaba que la vida era alegría. Me desperté y vi que la vida era servicio.

Serví, y en el servicio encontré la alegría».

Hermanos: no olvidemos que servir es una palabra muy importante del Evangelio. Cuando en Barcelona los terroristas mataron a José Luis Ruiz, su hijo de nueve años decía: «Ya sé que ahora soy yo el que tengo que encargarme de mi familia». Algo conmovedor. También esto es servir.

(C)

## **Los importantes.**

Ciertamente nuestros criterios no coinciden con los de Jesús. ¿A quién de nosotros se le hubiera ocurrido hoy pensar que los hombres y mujeres más importantes son aquellos que parecen los «últimos» porque viven al servicio de los demás?

Para nosotros, importante es el hombre de prestigio, seguro de sí mismo, que ha alcanzado el éxito en algún campo de la vida, que ha logrado sobresalir sobre los demás y ser aplaudido por las gentes.

Esas personas cuyo rostro podemos ver constantemente en la TV. Líderes políticos, «premios Nobel», cantantes de moda,

atletas excepcionales... ¿Quién puede haber más importante que ellos?

Según el criterio de Jesús, miles y miles de hombres y mujeres anónimos, de rostro desconocido, a quienes nadie hará homenaje alguno, pero que se desviven en el servicio sencillo y desinteresado a los demás.

Hombres y mujeres que no viven para su éxito y egoísmo personal. Gentes que no actúan sólo para arrancarle a la vida todas las satisfacciones posibles para sí mismo, sino que se preocupan de la felicidad de los otros.

Ciertamente hay una grandeza en la vida de estas personas que no aciertan a ser felices sin la felicidad de los demás. Su vida es un misterio de entrega y desinterés. Saben vivir más allá de sus propios intereses. Sin hacer cálculos. Sin medir mucho los riesgos.

Hombres y mujeres que saben poner su vida a disposición de otros. No se imponen ni existen para sí mismos. Actúan movidos por su bondad. Una ternura grande envuelve su trabajo, su quehacer diario, sus relaciones, su convivencia.

No viven sólo para trabajar ni para disfrutar. Su vida no se reduce simplemente a cumplir sus obligaciones profesionales y ejecutar diligentemente sus tareas.

En su vida se encierra algo más. Viven de manera creativa. Cada persona que encuentran en su camino, cada dolor que perciben a su alrededor, cada problema que surge junto a ellos, es una llamada que les invita a actuar, servir y ayudar.

Pueden parecer los «últimos», pero su vida es verdaderamente grande. Todos sabemos que una vida de amor y servicio desinteresado merece la pena, aunque no nos atrevamos a vivirla.

Quizás tengamos que orar humildemente como lo hacía el P. Teilbard de Chardin: «Señor, responderé a tu inspiración profunda que me ordena existir, teniendo cuidado de nunca ahogar ni desviar ni desperdiciar mi fuerza de amar y hacer».

(D)

**Ingenuidad**

La actitud ante los niños sigue siendo uno de los rasgos más desconcertantes de Jesús. Para él, el niño es el símbolo de lo que debería ser toda actividad existencial verdadera.

No admira Jesús a los hombres maduros, emprendedores, activos o eficaces. Su mirada se vuelve hacia esos pequeños cuya sencillez y simplicidad parecen cautivarlo.

Pocas cosas nos pueden resultar más retrógradas e inútiles en esos tiempos en que la organización y la complejidad de la vida va creciendo de manera acelerada.

La evolución y la marcha general de la humanidad parece empujarnos sin piedad en una dirección que nos aleja cada día más de todo lo que pueda ser ingenuidad, simplicidad y transparencia.

Sería, sin duda, una estupidez condenar la inteligencia crítica y el desarrollo tecnológico que nos están permitiendo penetrar mejor en los secretos de la naturaleza y organizar de manera más inteligente la vida.

Pero hay algo que comienza a turbar la conciencia del hombre y a ponerlo en estado de alerta.

Esta sociedad está "tecnificando" nuestro espíritu. El sistema comienza a tratarnos a todos como piezas de un gran mecanismo. Nos ajusta, nos funcionaliza y, con frecuencia, lamina nuestra alma vaciándonos de vida y verdad humana.

Compleja y sofisticada, esta sociedad comienza a mostrárenos profundamente indigente cuando se trata de ahondar en el misterio del corazón humano y en sus aspiraciones más íntimas.

Almacenamos datos y conocimientos, pero sentimos que algo esencial se nos escapa. Adquirimos "verdades técnicas" siempre nuevas, pero no nos sentimos poseídos por la verdad.

Comenzamos a intuir que la verdad que nos puede salvar no brotará sin más del desarrollo sin fin de nuestra racionalidad crítica. No será resultado de un proceso meramente tecnológico.

La verdad, según Jesús, aparece como gracia en el corazón de aquellos que saben ahondar en la vida con humildad, transparencia y simplicidad.

"Si no os hacéis como mitos, no entraréis en el Reino de Dios". No son los inteligentes ni los más activos ni los más poderosos, los que más profundamente penetran en la realidad de la existencia, sino aquellos que la viven con "la transparencia del niño".

Transparencia y simplicidad que hoy nos parecen absolutamente impensables, pero que el hombre necesita recuperar para escapar de la asfixia.

(E)

## **ACOGER AL NIÑO**

Las primeras víctimas del deterioro y de los errores de una sociedad son casi siempre los más débiles y desamparados: los niños. Esos seres que dependen totalmente del cuidado de sus padres o de la ayuda de los adultos. Basta abrir los ojos y observar lo que sucede entre nosotros.

La crisis de la familia y la inestabilidad de la pareja están provocando en algunos hijos efectos difíciles de medir en toda su hondura. Niños poco queridos, privados del cariño y la atención de sus padres, de mirada triste y ánimo crispado, que se defienden como pueden de la dureza de la vida sin saber dónde encontrar refugio seguro.

El bienestar material maquilla a veces la situación ocultando de manera sutil la «soledad» del niño. Ahí están esos hijos, repletos de cosas, que reciben de sus padres todo lo que les apetece, pero que no encuentran en ellos la atención, el cariño y la acogida que necesitan para abrirse a la vida con seguridad y gozo.

Y ¿los educadores? No lo tienen fácil. Piezas de un sistema de enseñanza que, por lo general, fomenta más la transmisión de datos que el acompañamiento humano, tienen el riesgo de convertirse en «procesadores de información» más que en «maestros de vida». Por otra parte, muchos de ellos han de enfrentarse cada mañana a alumnos desmotivados e indolentes sabiendo que apenas encontrarán en sus padres colaboración para su tarea.



No se trata de culpabilizar a nadie. Es toda la sociedad la que ha de tomar conciencia de que un pueblo progresa cuando sabe acoger, cuidar y educar bien a las nuevas generaciones. Es un error planificar el futuro y descuidar la educación integral de niños y jóvenes. Es necesario apoyar más a la familia, valorar a los educadores, saber que la tarea más importante para el futuro es mejorar la calidad humana de quienes serán sus protagonistas.

**«El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí».** Estas palabras de Jesús, recogidas en diversas tradiciones evangélicas, son una llamada a la responsabilidad. En las primeras comunidades cristianas no se protege al niño por razones jurídicas o legales. La razón es más honda. Los creyentes han de sentirse responsables ante el mismo Cristo de acoger a esos niños que, sin el cuidado y la ayuda de los adultos, no podrán abrirse a una vida digna y dichosa. La vida que Dios quiere para ellos.

(F)

## **ACOGER A LOS NIÑOS**

No es fácil adoptar una postura acertada con los niños. Lo saben muy bien los padres y educadores. A veces, los idealizamos ingenuamente. Otras, descargamos sobre ellos nuestra irritación. En ocasiones, los utilizamos. Casi siempre los sometemos a nuestra voluntad. La actitud sorprendente de Jesús ante los pequeños y su invitación a acoger a los niños nos han de hacer pensar.

El niño es siempre un ser débil y vulnerable. Basta mirarlo con un poco de ternura. Su vida es frágil. Si no es acogido y protegido con amor, está llamado a sufrir lo indecible. Sin amor, nadie crece de manera sana y feliz.

El niño es sólo una «promesa de vida». Sólo lo pueden acoger y cuidar bien quienes lo miran con esperanza. Para ser un buen padre o un buen educador hay que olvidarse de cálculos. Hay que amar al niño sin ver resultados inmediatos. No todo se puede planificar. Lo importante es creer, confiar y acompañar con paciencia.

Rara vez el niño agradece lo que está recibiendo. Sólo se le puede querer con amor gratuito, a fondo perdido. El padre o el educador que pretenda exigir una respuesta adecuada a lo que está haciendo por él, se sentirá frustrado. Aquí no funciona la reciprocidad. Sólo son buenos padres y buenos educadores quienes disfrutan buscando el bien del niño y no su respuesta agradecida.

Al niño hay que tratar con alegría que es el signo que acompaña siempre a cualquier tarea creadora. Hacer feliz a un niño es ayudarlo a ser bueno. Enseñarle a disfrutar aprendiendo es enseñarle a vivir. Esos niños de rostro triste y mirada apagada nos están acusando a todos. No les estamos transmitiendo la alegría de vivir.

Hay algo más. También los niños nacidos en esta sociedad tienen derecho a que alguien los inicie en la reflexión personal, en una cierta vida interior y en la apertura a Dios. Pocas cosas me apenan más que esos jóvenes a veces tan vacíos de interioridad y tan desvalidos para descubrir un sentido un poco hondo e inteligente a sus vidas. Mientras tanto, las palabras de Jesús nos interpelan a todos: «El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí».

**P. Juan Jáuregui Castelo**